

PERSONAJES

En el jardín

EL ANCIANO.

EL FORASTERO.

MARTA. } Nietas del anciano.
MARIA. }

UN CAMPESINO.

LA MULTITUD.

En la casa

EL PADRE.

LA MADRE.

LAS DOS HIJAS.

EL NIÑO.

} Personajes mudos.



ACTO UNICO

La sombra de los sauces invade el jardín. Al fondo la casa, con tres ventanas bajas iluminadas, á través de las cuales, se columbra una familia que pasa la velada al amor de la lámpara. EL PADRE sentado junto al fuego. LA MÀIRE con un codo apoyado á la mesa, mira vagamente. Las DOS HIJAS vestidas de blanco, borndan gozándose en la tranquilidad del hogar. EL NIÑO dormita, la cabeza apoyada sobre la espalda izquierda de la Madre. Cuando alguno de la familia se levanta, camina ó gesticula, sus movimientos espiritualizados por la distancia, la luz, y el velo indeciso de las ventanas, parecen graves, lentos, y extraños.

ESCENA PRIMERA

EL ANCIANO y EL FORASTERO entran al jardín con precaución.

EL ANCIANO.—Estamos en el jardín, junto á la casa. Aquí no vienen nunca. Las puertas y los postigos de la parte opuesta están cerrados. En este lado no hay postigos y percibo la luz... Mire usted, como velan todavía. Ha sido suerte que no oyesen nuestras pisadas: tal vez la madre ó alguna de las hijas hubieran salido y no sabríamos como decírselo.

EL FORASTERO.—¿Que vamos hacer entonces?

EL ANCIANO.—Primeramente quisiera ver si estan todos reunidos. En efecto. descubro al padre junto al fuego, las manos sobre las rodillas... La madre tiene un codo apoyado á la mesa...

EL FORASTERO.—Y nos mira.

EL ANCIANO.—Eso no: sos ojos no parpadean y miran vagamente. La sombra de los sauces impide que nos vea; pero no se adelante usted más... Las hermanas de la muerta también están allí, bordando; el niño se ha dormido. El reloj de pared señala las nueve. Nada sospechan y nada dicen.

EL FORASTERO.—¿Si pudiésemos atraer la atención del padre con algún signo! Vuelve la cara hacia acá. ¿Quiere usted que llame á una ventana? Sería conveniente que uno de la familia lo supiese antes que los otros...

EL ANCIANO.—¿Y á quien elegir.? Precisan grandes precauciones... El padre es viejo y enfermizo... la madre también, y las hermanas son tan niñas. Todos la amaban como nadie amaré... Nunca ví familia más dichosa. No, no se acerque usted á la ventana; sería lo peor. Es preferible notificarlo con brevedad, cual si fuese un caso ordinario y sin aparecer tristes, sino se acrentaría su dolor y no acertaríamos á continuar. Vamos á rodear el jardín. Luego de haber llamado á la puerta entraremos como si nada hubiese ocurrido. Yo entraré el primero y al verme no se sorprenderán, pues algunas veces por la noche, les llevo flores y frutas y pasamos juntos un buen rato.

EL FORASTERO.—¿Porque he de acompañarle á

usted? Vaya usted solo; yo esperaré que me llamen... No me han visto nunca. Soy un transeunte, un extraño.

EL ANCIANO.—Estar acompañado es mejor. Una desgracia anunciada por varias personas es menos clara, menos dura... Viniendo lo estaba pensando; si entro solo, tendré que hablar enseguida, explicarlo en pocas palabras y luego no sabré que decir... ¡Me asusta tanto el silencio que sigue á la relación de una desgracia! Es el caso de desgarrarse el corazón. Si entramos juntos diré tras no pocos rodeos: «La han encontrado así... flotando en el río y con las manos juntas...

EL FORASTERO.—Sus manos no estaban juntas: los brazos caían á lo largo del cuerpo.

EL ANCIANO.—Ve usted como uno habla, mal que le pese... Y la desgracia se disuelve en los detalles... Les conozco y si entro solo, desde las primeras frases sería horroroso y Dios sabe lo que sucedería... Mas, si alteramos nuestra relación, escucharán y no pensarán en afrontar la mala nueva... No olvide usted que estará la madre y que su vida se agota... Es conveniente que la primera oleada se estrelle sobre palabras vacías... Es preciso rodear á los afligidos, hablar en torno de ellos. Los mas indiferentes se llevan sin saberlo, una parte de la pena. El dolor también se divide sin ruido y sin esfuerzos como el aire y la luz.

EL FORASTERO.—Vuestros vestidos están mojados y gotean sobre las losas.

EL ANCIANO.—Solamente se ha mojado el borde de mi capa. Parece que tiene usted frío. Su pecho está lleno de barro... No me había apercebido de ello á causa de la oscuridad del camino.

- EL FORASTERO.— Tuve que entrar en el río hasta la cintura.
- EL ANCIANO.— Al encontrarnos ¿hacia mucho que la había usted descubierto?
- EL FORASTERO.— No, por cierto. Dirigíame á la población: era tarde y el ribazo se oscurecía. Yo caminaba; los ojos fijos en el río porque estaba mas claro que el camino, cuando, á dos pasos de un cañaveral distinguo algo extraño.. Me acerco y veo su cabellera flotando y dando vueltas impulsada por la corriente... *(En la habitación las dos hijas vuelven la cabeza á la ventana)*.
- EL ANCIANO.— ¿No ha visto usted ahora ondular sobre los hombros la cabellera de sus dos hermanas?
- EL FORASTERO.— Han vuelto la cabeza hacia acá... Simplemente han vuelto la cabeza... Tal vez oirían mi voz. *(Las dos hijas recorren su posición)*. Ya no miran. Avancé con agua hasta la cintura y logré asirla por la mano y llevarla sin esfuerzo á la orilla... ¡Era tan hermosa como sus hermanas!
- EL ANCIANO.— Quizá lo era más... No sé porqué he perdido el valor...
- EL FORASTERO.— ¿De qué valor habla usted? Hemos hecho cuanto el hombre puede hacer... Hacia más de una hora que estaba muerta...
- EL ANCIANO.— Esta mañana aún vivía... La encontré al salir de la iglesia... Dijome que se iba á casa de su abuela que vive al otro lado del río en que se ahogó... Ignoraba cuando volvería. Estuvo á punto de preguntarme algo, más no se atrevió y se fué con celeridad. Ahora pienso... Pero no; nada vi. Sonrió del mismo modo que lo hacen los que quieren callarse y temen que se les descubra... Me pareció contrariada

- al detenerse... Con sus ojos velados casi no me miraba...
- EL FORASTERO.— Unos campesinos me dijeron que vagó por el ribazo hasta el anochecer... Creyeron que buscaba flores cuando buscaba la muerte.
- EL ANCIANO.— Nada puede afirmarse... ¿Y quién sabe? Todos tenemos más de una razón para no vivir y quizá ella era de los que nada dicen. Si pudiéramos ver el alma como vemos esa habitación... Todas son así; no hacen más que hablar de cosas incoherentes y nadie sospecha. Se trata mucho tiempo á un desgraciado de alma extraviada; se le responde sin sospechar, y ved lo que sucede... Todas parecen muñecas inmóviles y tantas cosas como trastornan sus almas! Ni ellas mismas tienen conciencia de lo que son. Esa habría vivido como las otras diciendo hasta morir «Señor, señora, hoy lloverá», ó «Vamos almorzar que seremos trece á la mesa» y «No han madurado los frutos». Sonríen al hablar cuando caen las flores y lloran en la obscuridad... Un angel no vería lo que pasa en estas almas y el hombre comprende cuando ya no hay remedio. Ayer noche ella estaba sentada, bordaba á la luz de la lámpara, como sus hermanas, y nosotros no la veíamos tal como era si existiera aún. Para comprender la vida es preciso que algo inesperado se una á ella. Vivimos juntos, nos vemos todos los días y no percibimos nada hasta que nos deja para siempre. ¡Y qué extraña debió ser esa alma infantil! La triste, la ingénuo, la blanca alma que tuvo la pobre niña, ¡ah! si hubiera dicho lo que debió decir, ¡oh! si hubiera hecho lo que debió hacer.

- EL FORASTERO.—En este momento ellos sonríen en silencio.
- EL ANCIANO.—Están tranquilos... No la esperaban esta noche.
- EL FORASTERO.—Toda la familia sonríe sin hablar. El padre se lleva un dedo á los labios.
- EL ANCIANO.—Señala al niño dormido sobre el corazón de la madre.
- EL FORASTERO.—Pero ella no se atreve á levantar los ojos, temerosa de despertarle.
- EL ANCIANO.—Las dos hermanas cesaron de bordar. Reina profundo silencio.
- EL FORASTERO.—Han dejado caer el hilo de seda.
- EL ANCIANO.—Las dos miran al niño.
- EL FORASTERO.—Ignoran que hay quien las mira.
- EL ANCIANO.—Parece que vuelven la cabeza.
- EL FORASTERO.—Mueven los ojos.
- EL ANCIANO.—Con todo, nada pueden ver.
- EL FORASTERO.—La familia parece feliz, y no obstante un no sé que...
- EL ANCIANO.—Se creen al abrigo de todo. Cerraron las puertas, aseguraron las ventanas y corrieron los cerrojos de hierro. La casa es vieja pero han reforzado sus muros y puntalado las tres puertas de roble. ¡Creen haberlo previsto todo!
- EL FORASTERO.—Es preciso que nos decidamos... Puede llegar alguien y decirselo bruscamente. Había muchos aldeanos en la pradera... Si uno de ellos llamase á la puerta...
- EL ANCIANO.—Marta y María quedaron acompañando á la muerta. Los aldeanos iban á disponer unas andas de ramaje para conducirla hasta aquí. He dicho á la mayor que viniese corriendo á traernos aviso

cuando se pusiesen en camino. Esperemos que llegue; ella me acompañará. A mi me falta valor después de haber estado contemplándolos tanto tiempo. Creí que todo consistía en llamar á la puerta, entrar sencillamente, buscar algunas frases y decirlo. Pero los he visto vivir felices agrupados bajo la lámpara...

ESCENA II

Dichos, MARIA.

- MARIA.—Abuelo, ya vienen aquí.
- EL ANCIANO.—¿Eres tú? ¿En donde están?
- MARIA.—En las últimas colinas.
- EL ANCIANO.—Vendrán silenciosos ¿no es eso?
- MARIA.—Les dije que rezasen en voz baja. Marta les acompaña.
- EL ANCIANO.—¿Son muchos?
- MARIA.—Toda la aldea. Algunas mujeres habían llevado luces, pero les advertí que las apagarán.
- EL ANCIANO.—¿Por donde vienen?
- MARIA.—Atravesando los senderos. Caminan muy lentamente.
- EL ANCIANO.—Aún tenemos tiempo.
- MARIA.—¿Pero no les ha dicho usted...?
- EL ANCIANO.—Nada les hemos dicho, ya lo ves... Velan todavía reunidos bajo la lámpara. Míralos, hija mía...
- MARIA.—¡Oh! ¡que felices parecen! Creo estar viéndolos en sueños.
- EL FORASTERO.—Hable usted bajo. Sus dos hermanas se han estremecido.
- MARIA.—Se levantan las dos.
- EL FORASTERO.—Creo que vienen hacia las ventanas. *(En efecto una de las dos hermanas se acerca á la primera ventana y la otra á la tercera. Apoyan al mismo tiempo las*

manos en los cristales y miran en la obscuridad).

EL ANCIANO.—Nadie se asoma á la ventana del medio.

MARIA.—Las dos hermanas miran y escuchan.

EL ANCIANO.—La mayor sonríe á la obscuridad; á lo que no ve.

EL FORASTERO.—La segunda tiene los ojos llenos de lágrimas.

EL ANCIANO.—Nadie sabe hasta donde el alma se extiende en torno nuestro. (*Largo silencio María se estrecha contra el pecho del anciano y le abraza.*)

MARIA.—¡Abuelo! ¡Abuelo!

EL ANCIANO.—No llores hija mía... A todos nos llegará la hora (*Nuevo silencio*).

EL FORASTERO.—Cuanto tiempo miran.

EL ANCIANO.—Mirarian cien mil años y no distinguirían nada sus pobres hermanas... la noche es harto oscura. Dirigen los ojos á un lado y la desgracia viene por otro....

EL FORASTERO.—Es una suerte que miren al jardín pues presiento algo de la parte de las praderas.

MARIA.—Sí; será la multitud... Vienen muy lejos y apenas se les distingue.

EL FORASTERO.—Siguen las ondulaciones del sendero. Ahora reaparecen al lado de un gran charco iluminado por la luna.

MARIA.—¡Oh! ¡cuantos son! Toda la aldea... Vienen dando un gran rodeo.

EL ANCIANO.—Llegarán á pesar de todo. Ahora también yo les veo. Caminan lentamente al través de las praderas. Parecen tan pequeños que casi no se les distingue entre las hierbas. Se les tomaría por niños jugando á la luz de la luna. Aunque sus hermanas los viesan no comprenderían nada y sin embargo traen consigo el infor-

tunio que ha de herirlas. A medida que se acercan la desgracia parece mayor. Crece como una sombra sin que nadie puede impedirlo; crece á cada paso que dan y los mismos que la traen no pueden ya detenerla. La desgracia es una reina negra á quien todos tenemos obligación de servir. No tiene palacio, anda por el mundo vagando por los caminos, infatigable, con una sola idea. Todos somos sus esclavos y los que conducen á la muerta tienen que prestarle sus fuerzas. Están tristes pero no se detienen, son compasivos pero deben caminar

MARIA.—Abuelo, la mayor ya no sonríe.

EL FORASTERO.—Se retiran de las ventanas.

MARIA.—Abrazan á su madre.

EL FORASTERO.—La mayor acaricia los bucles del niño, y el niño no se despierta.

MARIA.—¡Ah! El padre también quiere que le abracen.

EL FORASTERO.—Ahora nada; el silencio.

MARIA.—Vuelven al lado de la madre.

EL FORASTERO.—El padre sigue con los ojos la péndula del reloj.

MARIA.—Parece que rezan sin darse cuenta.

EL FORASTERO.—Diríase que se escuchan sus almas.

MARIA.—Abuelo, no diga usted nada esta noche.

EL ANCIANO.—Ves, hija mía, como el valor te abandona. ¡Ay! estaba seguro que bastaría con que mirases. Tengo cerca de ochenta y tres años y jamás la presencia de la vida me hirió así... Pasan la velada reunidos bajo la lámpara, como la hubiéramos pasado nosotros; y, sin embargo, cuanto hacen me parece tan deshusado, tan grave...Creo

estar viéndolos desde la altura de otro mundo lejano; ¡y todo porqué sé una verdad triste y cruel que ellos ignoran! ¡Quizás hay algo que no podemos comprender y que nos hace llorar! ¡Ah! Si no les hubiera visto vivir felices reunidos á la luz de la lámpara. ¡Tienen demasiada confianza en este mundo! Creen que nada puede sucederles, porqué han cerrado la puerta y no saben que sucede siempre alguna cosa en las almas, y que el mundo no acaba en el umbral de las casas. Cuando tantos conocemos su desgracia, ¿ellos no dudan siquiera! Y yo, pobre viejo, tengo aquí, á dos pasos de su puerta, toda la felicidad de esa familia entre mis arrugadas manos que ne me atrevo á abrir...

MARIA.—Tenga usted piedad, abuelo.

EL ANCIANO.—Ya la tengo, hija mía.

MARIA.—No se lo diga usted hasta mañana: de noche todo dá más miedo.

EL ANCIANO.—Quizá tengas razón, hija mía, y fuese preferible dejarlo dormir todo en la paz de la noche. La luz parece consolar el dolor... ¿Pero que nos dirían ellos mañana? El infortunio nos hace suspicaces, y cuando nos hiere deseamos saberlo primero que los extraños... Los desgraciados no quieren que su tristeza se desflore pasando por mano desconocida... Mañana parecería que nosotros les habíamos privado de alguna cosa...

EL FORASTERO.—Y además apenas queda tiempo: se oye ya el murmullo de los rezos.

MARIA.—Ya están ahí... Pasan por delante los sauces.

ESCENA III

Dichos, MARTA

MARTA.—He venido guiándolos hasta aquí. Ahora quedan esperando en el camino (*Se oyen los gritos de los niños*). ¡Ah! Los niños vuelven a gritar. Les he dicho que no viniesen, pero como querían ver también y las madres no hicieron caso... Voy á decirles... No, ya callan.—Supongo que todo estará preparado.—He traído el anillo de oro que ella llevaba puesto. Yo misma la tendí sobre su lecho de ramaje. Parecía dormida. ¡Qué angustia! Sus cabellos no querían obedecerme, se desbordaban. Toda su falda la cubrí de margaritas. Es triste que no hubiese otras flores. ¿Pero que hace usted aquí? ¿Porque no está á su lado? (*Mira á las ventanas*). ¿No lloran? Abuelo, ¿no les ha dicho usted...?

EL ANCIANO.—¡Marta, Marta! Hay demasiada vida en tu alma: tú no puedes comprender...

MARTA.—¿Conque no puedo comprender? (*Pausa. Luego con tono lento de grave reconvención*).—Usted no debe obrar así abuelo.

EL ANCIANO.—Marta, tú no sabes...

MARTA.—Seré yo quien se lo diga.

EL ANCIANO.—Hija mía, permanece aquí, y mira un instante.

MARTA.—¿Qué desgraciados son! No pueden esperar más.

EL ANCIANO.—¿Porqué?

MARTA.—Yo no se... Pero no es posible...

EL ANCIANO.—Ven aquí, hija mía.

MARTA.—¿Que paciencia tienen!

EL ANCIANO.—Ven aquí, hija mía.

MARTA. — (*Volviéndose*). ¿Dónde está usted, abuelo? No le veo! ¡Que desgraciada soy! Yo no sé que hacer...

EL ANCIANO. — Hasta que lo sepan todo no vuelvas á mirar.

MARTA. — Iré con usted.

EL ANCIANO. — No, Marta, quédate aquí. Siéntate al lado de tu hermana, en ese antiguo banco de piedra y no mires. Eres muy niña y te sería difícil olvidar. No, no puedes contemplar ningún rostro en el momento de entrar la muerte por sus ojos. Quizá oigas sollozos... No vuelvas la cabeza. Pero, sobre todo hija mía guárdate de mirar, si nada oyes. El camino que recorre el dolor nadie lo sabe de antemano. ¡Cuántas veces un sollozo que se ahoga, tiene raíces profundas! Y cuántas veces eso es todo. Yo mismo no sé lo que haré al oírlos... ¡Es un caso extraordinario! Abrazame hija mía, antes de irme. (*El murmullo de los reos se aproxima gradualmente. Se oyen pasos sordos y cuchicheos.*)

ESCENA IV

Dichos, la MULTITUD que inunda el jardín.

EL FORASTERO. — (*A la multitud.*) ¡Quietos, quietos! No aproximarse á las ventanas. ¿Dónde están?

UN CAMPESINO. — ¿Quiénes?

EL FORASTERO. — Los otros... los que la conducen.

EL CAMPESINO. — Suben por la avenida que llega hasta la puerta. (*El anciano se aleja*).

ESCENA ULTIMA

EL FORASTERO, MARTA y MARIA sentadas en el banco de espaldas á las ventanas. Rumores en la muchedumbre.

EL FORASTERO. — Silencio, callad. (*En la casa la mayor de las dos hermanas se levanta y corre el cerrojo de la puerta*)

MARTA. — ¿Han abierto?

EL FORASTERO. — Al contrario cerraron. (*Pausa*).

MARTA. — ¿Entró el abuelo?

EL FORASTERO. — No. La hermana mayor se sienta otra vez al lado de la madre; los otros no se mueven y el niño continúa durmiendo. (*Pausa*).

MARTA. — Dame la mano, Maria.

MARIA. — ¡Marta! (*Se abrazan y se dan un beso*)

EL FORASTERO. — Debe haber llamado ahora porque han levantado la cabeza y se miran.

MARTA. — ¡Pobres! ¡Pobres! (*Ahoga los sollozos sobre el hombro de su hermana*).

EL FORASTERO. — Debe haber llamado otra vez. El padre se levanta y mira el reloj.

MARTA. — María voy á entrar. No deben ya estar solos.

MARIA. — ¡Marta! ¡Marta! (*La detiene*).

EL FORASTERO. — El padre descorre el cerrojo. Entreabre la puerta.

MARTA. — Oh!... ¿No ve usted...?

EL FORASTERO. — ¿Qué?

MARTA. — Los que la conducen.

EL FORASTERO. — No se decide á abrir del todo. Yo solamente veo un espacio de césped y el surtidor. No deja la puerta. Retrocede. Tiene el aspecto de decir: ¡«Ah! ¿es usted?» Levanta los brazos y cierra la puerta con cuidado. El abuelo está de pié en medio de

la habitación. *(La muchedumbre se aproxima á las ventanas. María y Marta se levantan primero tímidamente, luego concluyen por seguir á los demás estrechamente abrazadas. Se ve al anciano levantarse con lentitud. Toda la familia se pone en pié. La madre con sumo cuidado, deja el niño en el sillón en que estaba sentada, de manera que desde fuera se le vea dormir con la cabeza inclinada. La madre va al encuentro del anciano y le tiende la mano pero la retira antes de que tenga tiempo de estrecharla. Una de las muchachas le aproxima un sillón; la otra quiere despojarle de la capa. El anciano las detiene con un ademán y mira hacia las ventanas. El padre sonríe con un gesto de sorpresa).*

EL FORASTERO.—No se atreve á decirselo. Acaba de mirar hacia aquí. *(Rumores en la muchedumbre).*—¡hitón! *(El anciano al ver los rostros tras los cristales separa los ojos vivamente. Como una de las jóvenes insiste en ofrecerle el sillón concluye por sentarse, y se pasa repetidas veces la mano por la frente). Se sienta. (Las otras personas que se encuentran en la sala se sientan también. El padre habla con volubilidad. Al fin el anciano toma la palabra, y su voz parece atraer la atención de todos. El padre le interrumpe. El anciano habla de nuevo y poco á poco los otros se inmovilizan. De pronto la madre se extremece y se levanta).*

MARTA.—¡Oh, la madre va á comprender! *(Vuelve la cabeza y oculta el rostro en las manos. Nuevos rumores en la multitud. Los niños lloran para que los cojan en brazos, y poder ver. La mayoría de las madres obedecen).*

EL FORASTERO.—¡Silencio! Todavía no se lo ha dicho. *(La madre interroga al anciano con angustia. El anciano responde algunas palabras. Todos se levantan bruscamente y parece como que le interrogan. El anciano hace con la cabeza un signo afirmativo). ¡Se lo ha dicho!... ¡Se lo ha dicho todo de un golpe!*

VOCES EN LA MULTITUD.—¡Se lo ha dicho!... ¡Se lo ha dicho!

EL FORASTERO.—No se oye nada. *(El anciano se levanta y sin volverse muestra con el dedo la puerta que se halla á su espalda y á la que se precipitan la madre, el padre y las dos hijas. El anciano quiere impedir á la madre que salga. El padre forceja la puerta).*

VOCES EN LA MULTITUD.—¡La familia sale! ¡La familia sale! *(Movimiento en el jardín. La muchedumbre corre al otro lado de la casa, y desaparece á excepción del forastero que permanece á las ventanas. Al fin el padre logra abrir las dos hojas de la puerta. Todos salen al mismo tiempo. Se ve el cielo estrellado, el césped del jardín y el surtidor iluminados por la luna. En medio de la estancia, acostado en el sillón el niño duerme dulcemente. Silencio).*

EL FORASTERO.—El niño no se ha despertado. *(Sale también).*

TELON